



01



02



03

**Rutas urbanas** Son muchos los escritores que han llegado a Barcelona, pero sin duda los hispanoamericanos forman el núcleo histórico más significativo. Un itinerario que recorre el frente marítimo de la ciudad y el barrio Gótico da cuenta de este viaje literario

## Un viaje 'barceloamericano'

### Trànsits. Escritors llatinoamericans a Barcelona

Los sábados hasta el 4 de junio. Inscripciones: en la Biblioteca Gòtic - Andreu Nin, por teléfono, 93 343 73 69, o mail, b.barcelona.an@diba.cat. Más información: www.bcn.cat/biblioteques

#### PERE GUIXÀ

La estatua de Colón, con su amplio grupo escultórico –alambique de financieros, militares y vicarios–, cifraba el inicio de este paseo que debe considerarse de ida y vuelta, también de autores locales cruzando el Atlántico. Recuperar a Ramon Vinyes no es ocioso, y más aún porque, aparte de ser “el sabio catalán” de García Márquez, “el hombre que ha leído todos los libros”, su obra es perdurable. Ni tampoco echar un vistazo a la pléthora de escritores que fueron a varios países de Sudamérica tras la Guerra Civil, y que por cierto tuvieron la suerte de que en muchos países se hizo una criba que sólo dejó pasar a profesionales liberales. Viaje de un lado y de otro, por tanto, y la ruta enfatizaba este periplo circular.

Un momento divertido –volviedo a Vinyes y García Márquez– fue cuando, pasando por el paseo de Isabel II, Joan Rodríguez, uno de los actores que amenizaban la caminata, leyó el consejo literario que, tras ojear uno de sus manus-

critos primerizos, el catalán le dio al de Aracataca: “Nunca más enseñes un libro antes de publicarlo.” Un consejo de amigo.

Vinyes viajó muchísimo de un lado a otro; es algo apabullante, más aún si se piensa que los viajes no eran por un cambio de aires o algún otro capricho. Murió en 1952 en Barcelona, con un billete hacia Colombia en el bolsillo.

### En el día a día se va creando el relato anónimo de los escritores; más tarde la fortuna literaria orla a veces los años vividos en un lugar lejano

Santiago Rusiñol escribió en este diario unas crónicas en 1891 muy romantizadas sobre la ida y vuelta de los indianos. Oímos –íbamos un grupo de unas veinte personas– un fragmento a bordo del paquebote *Santa Eulàlia*, amarrado al Moll de la Fusta. Fue buen ejemplo de que el exilio en sentido amplio –lejos del loor artístico o de la búsqueda de la industria literaria barcelonesa– también estaba en el recorrido. Eduardo Galeano escri-

bió en 1976: “El exilio es gastarnos nuestras últimas cuatro pesetas en un billete de metro para ir a una entrevista por un empleo que después no nos darán”.

El viaje de Rubén Darío, enviado por el diario *La Nación*, fue más desahogado, pues llegó ya célebre. Escribió crónicas que surgieron a raíz del desastre del 98. *En Barcelona*, que leyó Andrei Kozinets, es

aún un retrato muy vívido de sus primeras impresiones. Algunas generalidades pintonas –como “los grandes pies que tienen las catalanas”– hicieron sonreír. Darío trabajó amistad con Rusiñol y Frederic Rahola, impulsor de la revista *Mercurio* y de la Societat d'Estudis Americanistes en 1911 (origen de la actual Casa América).

La obra de teatro *Fulgor y muerte de Joaquín Murieta* sobre el exilio hacia California, enlazó con Pa-

blo Neruda. *España en el corazón* es de los libros más reconocidos sobre los vínculos de un continente y otro, escrito tras la salida del chileno del país durante la guerra. En 1934, había sido cónsul en Barcelona.

Hubo una suerte de performance. A Cortázar le hubiese gustado ver la cara de pasmo, de interregno de este lado y del otro, con que los transeúntes miraban a la actriz Paula Monteiro, apostada con un globo en la mano. Leyó el cuento *Los viajes de Cortázar*. Globos de colores parecidos son los que Cortázar vio un día en un entreacto teatral en París. De ahí surgieron sus cronopios, figuras que se han identificado con varios cuadros de Joan Miró. Y con las formas orgánicas y ondulantes de Gaudí que, de muy pequeño, de visita familiar al Park Güell, se le alojaron en la consciencia.

Estábamos ya en el *boom*, claro. Si bien ha habido varias generaciones posteriores a este movimiento, ni que decir que es un punto axial de los contactos entre Barcelona e



05



06



07



Hispanoamérica. 1957 –*La región más transparente*, de Carlos Fuentes– y 1971 –el Caso Padilla– son fechas que acotan el movimiento. La llegada de las familias Donoso, García Márquez y Vargas Llosa, más el premio Biblioteca Breve de Seix Barral, más la agente Carmen Balcells, más el interés de los lectores por leer novelas que no pasasen en fábricas de Berlín sino en ambientes más aireados –como dijo Carlos Barral–, crearon el boom.

El edificio central de Correos en Barcelona es extraordinario por dentro y aún más en estos tiempos de múltiples formas de comunicación, lo que le da un aspecto de gloriosa *baluerna*. A algunos extranjeros y otros usuarios les chocó oír a los actores leer varias cartas de Gabo a Mario y de María Pilar Donoso a Patricia Vargas Llosa. No fueron comprometedoras, cabe decir. Ambos premio Nobel pueden estar tranquilos. Ningún actor remedió sus acentos.

A principios de los 70 –estábamos ya en el Pati Llimona– se produce un cruce de tránsitos. Por un lado, la disolución como grupo de los autores clave del boom. Y por otro, un nuevo grupo de exiliados a raíz de las dictaduras. La ruta –más evocadora que fetichista, lo que se agradece– no llegaba hasta las calles Caponata y Osi, en Sant Gervasi (donde vivieron Vargas Llosa y García Márquez), ni hasta la calle Ticià (donde hay una placa en honor de Rubén Darío), ni hasta el Eixample (donde vivió Rómulo Gallegos). Pero quizás se podía

intuir que Ciutat Vella fue paradero de escritores llegados en los 70 y 80. Parece que Roberto Bolaño (se puede inferir de algunas narraciones y en alguna entrevista) vivió en la calle Tallers. Y Osvaldo Lamborghini, según notaba Jorge Carrión en un *Cultura/s* de diciembre pasado, pudo parar por la calle Comerç. Quién sabe si algún día habrá una mención ahí.

#### Milonga

Tras salir del Pati Llimona, llegamos a la última parada. Nadie diría que el Hotel Garden Palace, en la calle Boqueria, esconde un jardín como el de la Casa Puig. El músico y cantante Pablo Giménez interpretó con su flauta la *Milonga de andar lejos* de Daniel Viglietti.

Anteriormente Giménez ya se había lucido cantando, en la calle de Les Panses, un tango de Gardel. Una quinceañera, que venía de la panadería, se paró bajo el porche; y un anciano en pijama, en un balcón, también se debía preguntar qué diantre era aquello. Este tipo de paseos también crean expectación entre las fuerzas de seguridad (policía portuaria, guardias de Correos, una patrulla de la urbana), pues hay que pedir no pocos permisos. Galeano lo explicaba cuando fue a arreglar un permiso de residencia. “¿Profesión?”, le preguntaron. “Escritor. De formularios.”

Pero cierto es que en cualquier ventanilla, en cualquier viandante con que te cruzas, en el día a día más normal, se va creando el relato anónimo de los escritores que

han caído por estos pagos. Más tarde la fortuna literaria orla a veces los años vividos en un lugar lejano, a menudo con *des-éxito*.

Las obras de Osvaldo Lamborghini, Roberto Bolaño y Dante Bertini están en marcha. Con la lectura de algunos de sus poemas –Marc Iglesias, que diseñó y guió el recorrido, optó por estos tres autores, pero podían haber sido muchos más–, se acabó el paseo. *Me cago en el exilio* es el título de una de las piezas de Lamborghini e igualmente duro es *9 de noviembre del 99* de Bertini.

Mediados los 80, se zanjaron las dictaduras en Hispanoamérica. Muchos tuvieron que optar por volver o quedarse, lo que generó otros desarreglos de identidad. Y sin duda el corralito y la crisis de hoy han incentivado nuevos viajes. Un acierto del itinerario es que no caía en la complacencia. El tono distaba mucho de la miopía emotiva, de la exaltación hueca del trasvase cultural. Prefería un tono severo, pero no quejoso ni agrio. Tengo para mí, con todo, que para cualquier creador una desgracia puede ser un buen tema. La creatividad surge sin apriorismos, en cualquier circunstancia, si bien no necesariamente adversa, como es sabido.

Bolaño expresaba con sorna los problemas de percepción que el exilio genera. Era en una entrevista de 1998, justo cuando empezaba a ser conocido: “Dudo que los chilenos crean que soy chileno; creen que soy un catalán loco que ha decidido hacerse pasar por chileno.” |

**01 Monumento a Colón, inicio del itinerario**

**02 Parada en el Port Vell**

**03 En el paquebote Santa Eulàlia, anclado en el puerto, se escucha un fragmento de un texto de Santiago Rusiñol sobre los indios**

**04 En el interior del edificio de Correos, en la plaza de Antonio López, se escuchan fragmentos de algunas cartas escritas por García Márquez a Vargas Llosa**

**05 Porxos d'en Xifré, en el paseo de Isabel II**

**06 Calle de las Trompetes**

**07 En el Pati Llimona, la ruta se adentra en los años setenta**

**08 En los jardines de la Casa Puig, actualmente en el Hotel Garden Palace, en la calle Boqueria, finaliza la ruta con la interpretación de la 'Milonga de andar lejos' de Daniel Viglietti**

FOTOS MAITE CRUZ

## Identidad catalana, identidad americana

Una cosa es el contacto personal entre autores de dos culturas y otra es la huella incuestionable que se puede constatar en una obra. Y dentro de la obra, aún hay que distinguir lo que es influjo formal o mera localización de las obras en espacio americano.

*L'espill soterrat*, poemario de 1951 escrito en el exilio, es una obra clave para conocer el viaje (a veces imposible, pero siempre deseado) entre las culturas del Altiplano y el Mediterráneo. Octavio Paz admiró el alcance de la obra de Ramon Xirau, autor que inaugura el gran correlato entre las literaturas latinoamericana y catalana.

Pere Calders es sin duda el autor en catalán que condensa este influjo, tanto en un aspecto formal (su mirada realista-mágica es un insólito vaso comunicante) como en la preocupación por las costumbres autóctonas, visible en *Aquí descansa Nevarres*, *L'ombra de l'atzavara...* Y ni que decir que Tísner hizo una verdadera pirueta sobre el Descubrimiento (los indios llegando en carabela a Europa) en su *Paraules d'Opoton el Vell*. La breve obra de Lluís Ferran de Pol, autor del que se celebra este 2011 un siglo de su nacimiento, no se entiende sin la idiosincrasia mexicana. *La ciutat i el tròpic* y *Abans de l'alba* bebe de fuentes precolumbinas y de la presencia de esta fascinación junto al progreso industrial. Vicenç Riera Llorca, asimismo, incardinó en *Tots tres surten per l'Ozama* las cuitas de unos exiliados catalanes en la República Dominicana.

Más cercana es la influencia de la gran matriz fantástica del relato hispanoamericano en las obras de Quim Monzó, Vicenç Pagès Jordà y Borja Bagunyà, y el bagaje de Vargas Llosa en las grandes novelas de Julià de Jòdar. Una nueva visión de México, por lo demás, es la que ha traído Lolita Bosch, ahora ocupada en una novela sobre la violencia del narcotráfico. Y se espera también el nuevo libro de Víctor García Tur, que según se dice está consagrado al fantasma postborgiano.

